

EL TRATAMIENTO por *IvanMarmi*

Me esforcé por entender a Dawit, cuyo inglés rudimentario se atascaba más de lo acostumbrado en su garganta, como si a cada palabra pronunciada la recubriera toda la arena del desierto.

La urgencia y la ansiedad con las que me abordó el único enfermero local de todo el dispensario no auguraban una gran noticia. No por su alcance, que lo tenía, sino por resultar provechosa para la comunidad. En aquellos márgenes estériles del África negra las buenas nuevas eran más escasas que la propia agua.

Bajó el tono en cuanto lo agarré del brazo y le señalé con un golpe de vista la presencia de una diminuta criatura, apenas destetada por una madre marchita que la mecía incesante con la mirada culpable y vidriosa de la enfermedad. Un idioma ajeno no era suficiente para volver hermética una conversación, por lo que había que ser demasiado blanco para suponer que el analfabetismo de aquellas gentes impregnaba hasta los códigos universales de la gesticulación humana.

—¡Ahora qué vamos a hacer, las dos tienen la malaria muy desarrollada!—exclamé cuando el joven enfermero terminó de explicarse.

Ahora era yo el que perdía el control, el que pregonaba la desgracia que un momento antes había intentado mantener acotada, lejos del centenar de pacientes que esperaban fuera del dispensario. Tanto como se había quedado el camión que transportaba en su remolque la sanación de la mayoría de ellos.

Fui directo hasta el armario donde guardaba los medicamentos. Un rápido inventario visual me puso al corriente de cuáles eran mis posibilidades sin la mercancía

que debía haber recibido aquella misma mañana. Tomé la última dosis inyectable de artemisinina disponible y le pedí a Dawit, ya más atemperado, que me ayudara con el dialecto local.

La mujer no dejó de asentir a medida que el enfermero le iba hablando, pero no era a él a quien miraba. Sus esperanzas debían estar resquebrajándose como un cuenco de barro mal cocido a cada frase traducida, y aunque traté de escabullirme como un cobarde de aquellos ojos suplicantes, estos ya se habían prendido sin remedio en mi conciencia como arpones.

¡No, maldita sea! ¿Por qué diablos tenía que mirarme así aquella pobre mujer? ¿Por qué tenían que hacerlo todos? A pesar de mi dilatada experiencia en aquellos países, en ocasiones no podía evitar sentirme víctima de la impotencia. Detestaba que se me atribuyera el papel de un dios. Quizás solo el de un dios menor venido de latitudes más frías para acabar con un sufrimiento inmemorial y endémico, pero dios al fin y al cabo. Y no era así, yo no imponía las manos encima de las cabezas de mis pacientes para sanarlos, ni fabricaba las pócimas o conjuros que ellos veían llegar empaquetadas cada mes, como tampoco hacía uso de las jeringas como si de varitas mágicas se tratara. Nada de eso, yo solo era un hombre sin más, aunque la bata de médico pudiera infundirme cierta aura celestial.

Clavé la aguja en la tapa del pequeño frasco de cristal y tiré del émbolo hasta cargar todo su contenido en la jeringuilla. En mis manos tenía el último tratamiento intravenoso contra la malaria hasta que llegaran más muestras, a buen seguro demasiado tarde para muchos de los que aguardaban al otro lado de la pared de adobe. Luego agotaría la última vacuna contra la fiebre amarilla, la última cura para la polio, los últimos antivirales...

—Pregúntale a la mujer si ha decidido ya —le pedí a Dawit, aun a sabiendas de que el encargo era innecesario con solo contemplar aquella delicada cabeza, lugar donde una madre desolada hacía confluír todas sus lágrimas.

Cómo explicar en momentos vitales como aquel que no me correspondía a mí dictaminar quién debía sanar y quién no, cómo descargarme de responsabilidad alguna arguyendo que nada tenía yo que ver con las milicias insurgentes, las mismas que habían secuestrado el camión cargado con la partida de medicamentos que tanto se necesitaba, y mucho menos con las farmacéuticas que tasaban la vida en dólares, libras o euros con el amparo de gobiernos cómplices, más preocupados por respetar las leyes sobre patentes que al propio ser humano. Para desgracia de todos, claro estaba que la avaricia no entendía de fronteras, razas o credos.

El respirar mortecino del dispensario se ventiló cuando la niña rompió a llorar como consecuencia del pinchazo. Ante realidad tan injusta, mi ayudante y yo mismo permanecimos en silencio mientras le administraba la artemisinina a la pequeña. Solo la madre, una vez el llanto de su hija se relajó hasta hacerse soportable dentro del dispensario, pronunció unas palabras dolientes en su idioma.

—¿Qué ha dicho?—le pregunté entonces a Dawit.

El joven enfermero me miró consternado y respondió:

—¿Y quién va a cuidar de mi hija cuando yo muera?